

PRESENCIA DE LA POESIA EN LA EDITORIAL UNIVERSITARIA

MOTIVOS PARA UNA ODA A CARLOS PELLICER *

1

¿SERÁ preciso acaso declarar que en el aire
te eriges y gobiernas como los girasoles
de voraces pupilas,
y plantas en las grandes extensiones fragantes
tu nave solariega de helechos y crisálidas,
y borras con tu sola mirada las distancias
para que todo sea igualdad, humildad?

¿Será tal vez preciso recordar que estás lleno
de unción por las criaturas;
que cuando el mar te nombra te llenas de congojas,
cual si un profeta en llamas se alzara ante tus ojos;
entierras a los muertos, que no has visto,
en el arrodillado planeta de tu amor,
y bebes en las manos de los niños
desgarrados de olvido como está la pobreza?

2

¡ OH, CUERPO que has escrito tu historia en los ramajes!
Los pájaros construyen tu rostro en la mañana
y luego tú lo viste con el claror del éxtasis
para que entre las sombras de la noche
alguien sepa que vienes
de una casta remota y triste, y ríes
debajo de tu lengua, como se ríe el viento,
porque tienes la gracia concedida a los fuertes
y un día desposaste a la esperanza.

¡ Oh, cuerpo
que has escrito tu historia en los ramajes!

3

EN LAS horas de junio, como en las cien almenas
de luz que inventa el trópico,
en el Usumacinta de ancestral cabellera,
entre orquestas plumadas y orquídeas desdeñosas,
hallo en vuelo tu mano, cazadora

de joyas como estirpes,
alcanzo tu dinámica vocación de escultura
inmemorial.

4

DE PRONTO tu cabeza de las selvas emerge
corriendo de una en otra, muriéndose, naciendo,
como una nube joven, como un correo de lluvia
que porta el testamento cotidiano
de la fecundidad.

Se adivina la fábula. Mañana, en las ciudades
de clorofila y viento,
medicinales labios irán narrando: "Era
una vez un extraño
peregrino sonoro que ascendía
de la tierra anunciando
la inminencia de un rayo de ternura.
Las garzas se reunían para decir su nombre,
que luego gravemente levantaban los cedros
hasta que se perdía en un fulgor."

5

DESDE tus religiones, en ágil cruz los brazos,
te acercas a la esquina de la miseria, entras
en la cueva sin muros del dolor,
recoges lo marchito, lo que el soberbio pisa,
las lágrimas que fundan en el polvo del estrato
de las revoluciones
o te asomas al mar a ver los diez atlantes
que a Bolívar conducen, y a Martí derretido
de amor sobre un caballo.

6

MEJOR conozco México si hasta tu puerta acudo,
mejor su luz barroca, su cardinal tristeza,
las hojas de su vida que ya en mis huesos suenan.
Deletreo el lenguaje de las germinaciones
del maíz, que nos llega
desde un fondo de edades y lamentos,
y en los atardeceres veo caer un águila
que nunca acaba de caer, que nunca
acaba.

7

EL GRITO que articulas va sollozando "América".
y se estrella en la frente coronada de látigos,
hiende las cordilleras, domina los estuarios,
se posa en las aldeas inocentes,
bebe el agua en el barro que amasa el pueblo y cuando
vuelve a tu boca tiene
el amargo sabor de las heridas
que los tigres contiguos van abriendo en la carne
del continente niño.

UNA TARDE, recuerdo, hace ya siglos,
 te hallé en Uxmal, ¿o acaso fue en Palenque? No sé.
 Al pie de un templo herías el sol con tu mirada.
 Vi cómo sollozabas cuando se hundía. Vi
 cómo al morir el astro fue cambiando
 tu cuerpo hasta quedar
 en piedra viva, en piedra
 lo mismo que un chac-mool.
 Luego, te nallé en Madrid. . . Pero esta historia
 es tan triste y reciente como un niño
 ciego. . . Enfrente teníamos
 la estirpe de Caín. Hasta tus hombros
 subía la marea de la muerte.
 Yo te vi atravesar las calles mutiladas,
 dialogar con lo héroes, asomarte
 a la ribera del fragor. Aullaban
 las bocas sitiadoras. . .

Tú tenías
 una sílaba rota en la garganta
 y desde fuera se veía la llama
 que consumía tu corazón.

CANTO lo que nos une: tal estrella
 que baja a nuestra sangre, aquella música
 que viene a despertar cuando soñamos,
 la alegría de sentirnos como unas islas pobres,
 inexpugnables islas del decoro,
 en medio de este océano viscoso
 donde tantos tentáculos navegan,
 donde naufragan tantos falsos rostros.
 Canto lo que nos une: la sencilla
 fraternidad del hombre amaneciendo.

HOY TE recuerdo, Carlos, ascendiendo a tu pueblo,
 con los pueblos de América marchando al horizonte.
 Como hijo del sol,
 vas abriendo las puertas de la vida.
 Te destruyen los ríos y naces con las hojas,
 te destruyen las hojas y naces con las aves,
 te destruyen las aves y naces con el viento
 que asume y transfigura tu palabra.

En ella, perdurable,
 su intimidad desnuda la belleza.

* De Juan Rejano, *Alas de tierra. Poesía (1943-1973)*. Dirección General de Publicaciones, UNAM, 1975, 416 pp.)